

HO CHI MINH

«El hombre que vela cuando todos duermen»



Este libro («Ho Chi Minh», de Jean Lacouture, «Alianza Editorial») no nos descubre facetas nuevas en la ya popularizada biografía del dirigente norvietnamita, pero la matiza, y precisa en muchos de sus aspectos, y a través de ella nos traza el contexto en que se inscribe la figura del político asiático: en este punto reside, sin duda, su máximo interés.

Para Lacouture —periodista francés de la izquierda independiente, especializado en la temática vietnamita—, si la revolución indochina está marcada «por el signo del genio», tal signo «habrá que buscarlo más bien en Nguyen Giap que en Ho Chi Minh». Este no es un doctrinario: «es el hombre que vela cuando todos duermen», un «prodigioso artesano de la historia», un «empirista ingenioso», y «una voluntad armada con una implacable técnica del poder y enraizada en una aspiración popular». No siempre es apologetico el estudio que Lacouture desarrolla: responde más a un afán de objetividad que a un fácil empeño hagiográfico como tantos otros dedicados a individualidades históricamente consagradas. El cronista francés observa al dirigente vietnamita siguiendo los mil avatares de su

agitada vida. Lo ve en el decisivo Congreso de Tours, como alumno y profesor en Moscú, como agente de la III Internacional, encarcelado con grilletes en el Yunan, siempre nacionalista, hombre de la eterna paciencia, de las cien pruebas superadas. Ligado estrechamente a Francia y a su cultura —lector infatigable de Victor Hugo y Michelet—, nacido a la política en el momento que señala una encrucijada radical para el socialismo francés, Lacouture marca sus perfiles psicológicos y físicos directamente, sin atenerse a esquemas previos, tal como lo ve: agudo, hablador, sonriente, con una ingenuidad premeditada, con una estudiada torpeza en los ademanes. Para el autor, la originalidad de Ho Chi Minh reside en su pasión nacionalista emancipadora, íntimamente vinculada al movimiento revolucionario francés. Queda bien claro, a través de esta detenida semblanza, que el Presidente vietnamita es un teórico mediocre y un consumado práctico; fluctuante hasta el desconcierto en la doctrina, empírico siempre en todas sus empresas, receloso frente a Pekín y Moscú, vietnamita por encima de todo.

Pero más que por su contenido gráfico, el libro de Lacouture interesa, insistimos, a nuestro modo de ver, por la imagen del cuadro histórico en que se inserta la figura del líder de Hanoi, del proceso que desemboca en estos trágicos años. A este respecto, quisiéramos subrayar la etapa de acercamiento de Norteamérica a los liberales vietnamitas, los días de la política de Roosevelt, la tendencia hacia la emancipación que reinaba entonces en Washington, temas analizados con detenimiento por el autor.

«Alianza» añade, pues, un nuevo título importante a su colección «El Libro de Bolsillo», tan heterogénea, pero tan valiosa como aportación cultural de enorme riqueza, destinada a un amplio campo de lectores.



ROGER COSSIO Y JEANNE MOREAU EN «UNA HISTORIA INMORTAL»

LA ÚLTIMA PELÍCULA DE ORSON WELLES

«Una historia inmortal», un resumen nostálgico

Al comentar en estas páginas —TRIUNFO, núm. 206, mayo de 1966— «Campanadas a media noche», me preguntaba qué podría hacer Orson Welles después. Cada nuevo film de este gran cineasta americano plantea semejante interrogante. «El proceso», film inmediatamente anterior a «Campanadas», parecía una obra-resumen, un índice antológico de los temas preferidos de Welles. Pero, con «Campanadas», el autor demostró que era capaz de llegar aún más lejos y a más grados de profundidad. En realidad, cada vez que vemos un film de Orson Welles experimentamos esa misma impresión. Recientemente se ha pasado por televisión «El esplendor de los Ambersons», un film que data de 1942, su segundo largometraje: parecía, sin embargo,

una obra de madurez, una película que prolongaba algunos de los temas que Welles había apuntado en «Sed de mal» o «El proceso». Fascinante y apasionante realizador, capaz de sorprendernos en todo momento con sus obras sean éstas antiguas o modernas.

Sorpresa y fascinación, nuevamente ante «Una historia inmortal», la obra de Welles que ha clausurado el pasado Festival de Berlín. Como es habitual en él, se ha basado en un texto ajeno —en la novela de Tanja Blixen— para volver a encontrar el hilo de sus preocupaciones personales. Con Shakespear, Kafka, Tarkington, ha procedido de la misma manera: ha utilizado unos personajes, unas situaciones, unos hechos para manipularlos de una forma absolutamente personal, integrándolos en su discurso poético y moral. Cada obra suya es una reflexión sobre la anterior y un punto de partida para continuar la siguiente. Así, «Campanadas a media noche» constituía como una especie de resumen de su obra precedente: Welles llegaba a un estado de serenidad nostálgica que descubría nuevos horizontes estilísticos. Era de suponer que su siguiente film se orientaría en esa dirección. Y así ha sucedido, efectivamente, con «Una historia inmortal».

Orson Welles vuelve a incorporar un personaje que, con leves variantes, ha venido utilizando desde «Ciudadana Kane». El Mr. Clay de «Una historia inmortal» es un individuo poderoso. Posee una enorme fortuna y vive, desde hace cincuenta años, en Macao. Mr. Clay le gusta contar historias —como a Mr. Arkadin, como a Faltaff—, y pretende relatar una a su secretario, Elishama, que le ha llegado de labios de un marinero: una noche un viejo le hizo una extraña oferta: un joven marinero. Le ofreció dinero para que pasara la noche con su joven esposa, con la que no había conseguido tener descendencia. Elishama interrumpió a su jefe diciéndole que ese tipo de historia la cuentan todos los marineros. Furioso, Mr. Clay decide hacer realidad esa historia nacida en su imaginación. El mismo adoptará el papel del viejo y encarga a Elishama que le encuentre

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TEL

● El partido comunista italiano reafirma, en un comunicado, su «solidaridad con el proceso de renovación democrática de la sociedad socialista checoslovaca».

● Por onceava vez desde la proclamación de la independencia, Rodesia ha prolongado el estado de sitio por otros tres meses, a causa de la actividad guerrillera en zonas del país.

● Equipos itinerantes de estudiantes de la UNEF van a recorrer Francia dando espectáculos y conferencias para intentar borrar en el público la falsa imagen que se han hecho de ellos después de las «barricadas».

● El ministerio checoslovaco del Interior ha confirmado el descubrimiento de un depósito clandestino de armas

—20 pistolas y 30 ametralladoras— en la región Oeste de Bohemia, cerca de la frontera alemana.

● El gobierno de Harold Wilson va a proponer que se rebaje la edad electoral de veintidós años a dieciocho, medida que permitiría votar, en las próximas elecciones, a dos millones y medio de jóvenes.

● Los partidos italianos de izquierda reclaman una reforma del Festival de Venecia, actualmente «condicionado por intereses extraños a la naturaleza de un verdadero Instituto cultural».

● La «Convención» demócrata corre el peligro de no poderse celebrar en Chicago a fines de agosto: los montadores de teléfonos de aquella ciudad se hallan en huelga desde hace mes y medio.

una joven. Su secretario localiza a Virginie, cuyo padre fue arruinado por Mr. Clay y se suicidó. Virginie acepta. Mr. Clay recoge en la calle a un marinero desaharrado al que ofrece cinco guineas de oro por hacer el papel de galán: Paul, un bicho marino, casi imberbe, está conforme. Virginie y Paul pasan la noche juntos, mientras a la puerta del dormitorio esperan Mr. Clay y su secretario. Al amanecer, Mr. Clay entrega el dinero a Paul, diciéndole: «Usted es ahora el primer marinero que ha vivido esta historia y que puede contarla sin mentir». Pero Paul rechaza las cinco guineas y asegura que nunca contará a nadie esa historia, porque se ha enamorado de Virginie. Mr. Clay, desesperado y desilusionado por la imposibilidad de hacer realidad una historia imaginada, muere. Simplemente, muere.

Por razones similares moría Falstaff en «Campanadas a media noche». Welles prolonga esta idea en «Una historia inmortal», aunque, para ser exactos, hay que observar que el autor vuelve a debatir los temas que, de un modo u otro, han ido apareciendo en todas sus películas. Aquí se ciñe a un relato

de muy pocos personajes. La película dura sólo cincuenta y ocho minutos. Es como una novela corta, en la que cuenta principalmente la atmósfera ambiental, algunos rasgos característicos de los personajes y, sobre todo, esa triste y nostálgica «historia inmortal» que Mr. Clay es capaz de hacer vivir, pero no narrar. Es ésta la primera película en color de Orson Welles. El realizador maneja suntuosamente la cámara de Willy Kurant, los escenarios naturales. La serenidad estilística que se apreciaba en «Campanadas a media noche» da paso aquí a un mayor equilibrio formal, a una gran depuración de elementos, para conservar sólo los que proporcionan esa extraña y atrayente suavidad narrativa.

Un verdadero prodigio de interpretación a cargo de Jeanne Moreau y Roger Coggio. Y Welles vuelve a interpretar ese personaje poderoso, corrompido por el dinero, pero con insospechadas fibras sentimentales. Su actuación imponente —casi siempre sentado en enormes sillones—, su recitación lenta y nostálgica, caracterizan este nuevo antihéroe wellesiano, una profundización más en su rica galería dramática.

EL TEATRO VA AL NORTE

¿Hablar de teatro es una contradicción?

En San Sebastián, «El abuelo Curro» y una revista. En Castro Urdiales, «¿De qué vive usted?» y «La tetera». En Santander, «La vil seducción...» Más o menos, ésa es la tónica de las ya tradicionales «jiras por el Norte». Teatro infimo, espejo del teatro cotidiano madrileño, incluso espejo degradado, porque en esas jiras no suelen estar los mejores títulos de la temporada. Ciertamente, el programa Sartre visitará algunas ciudades cántabras durante el mes de agosto, y los Festivales, excepcionalmente, pondrán en las carteleras un título importante. Pero el «fondo teatral», lo que irá de un lugar a otro, lo que quieren los empresarios, serán obras como las citadas al principio.

¿Y qué hay que decir de esas obras en 1968? Poco. Nada. Entonces, me preguntaba un joven escritor, ¿es que hablar de teatro es ya una contradicción? ¿Cómo ligar nuestro interés por el teatro con la imposibilidad de hablar del teatro que visita regularmente nuestras ciudades al llegar el verano? ¿Cómo escapar a la influencia que, a distancia, ejerce «la cartelera de Madrid» sobre los que no solemos ver teatro en provincias?

Son las preguntas de siempre, nacidas de muchos lustros de vida teatral agonizante. ¿Qué relación, por ejemplo, guarda el teatro cotidiano con los españoles de menos de cincuenta años? Muy poca. Las viejas barreras han ido arreglándose para subsistir. Antes decíamos que el teatro estaba hecho por y para mayores de veinticinco

años. Luego hemos dicho que por y para mayores de treinta años. Luego, por y para mayores de cuarenta. Y así seguimos. Aunque, lógicamente, el tiempo no pueda detenerse de un modo total, y hoy las minorías tienen escapes que antes no tenían, títulos y montajes que, esporádicamente, las consuelan.

Pero el teatro, como fenómeno social y cultural, como expresión de una realidad y como arte abierto a la colectividad, sigue donde estaba, pese a los periódicos estimulantes que, a través de los teatros nacionales, festivales y protecciones, recibe del Estado. Y es que el mal está mucho más adentro y nos remite a una serie de problemas de la sociedad española; problemas viejos, a veces, y a veces relativamente nuevos; nacidos unos de nuestras tradiciones socioteatrales, incrementados otros por los penosos objetivos de las nuevas sociedades de consumo y «bienestar».

¿Hablar de teatro es una contradicción?

Si no hubiera otro que el que he encontrado al paso en varias ciudades del Norte, desde luego sería una contradicción hablar de él seriamente.

Pero, en definitiva, hay otro teatro. Y trabajar por él, interesarse por él, reclamarlo, contribuir a crear una necesidad de él, ayudar a realizarlo es, como nunca, un trabajo serio, desesperante y válido. Precisamente porque en la cuestión se implican una serie de problemas directamente ligados con la salud o el amodorramiento del cuerpo social español. ■ J. M.

LAS INCOMPATIBILIDADES BANCARIAS

**263 consejeros dejarán vacantes
2.131 puestos**

Tachado de «precipitado», «falto de preparación», «esquemático», «anticongestivo», «inoportuno», «innecesario», «ineficaz», etc., el día 15 de julio, la Comisión de Hacienda de las Cortes comenzó a discutir el proyecto de ley sobre régimen de incompatibilidades de presidentes, consejeros y altos cargos ejecutivos de la Banca privada.

El proyecto, recibido con sorpresa y debatido en un ambiente de gran ex-

pectación, fue precedido de una fuerte campaña de prensa, sumamente crítica. «Mal ambiente sobre las medidas de Hacienda», titulaba «Pueblo» (26 de junio, pág. 6), resumiendo la actitud de los medios bancarios e industriales ante el proyecto. «Nuevo Diario» (2 de junio) auguraba que provocaría «una enorme reacción en el poderoso grupo de hombres afectados. Las presiones a que se verá sometido en las Cortes,



por sus implicaciones humanas, psicológicas, jurídicas y morales, serán verdaderamente importantes.

En efecto, al brevísimo texto del Gobierno se presentaron 121 enmiendas, de ellas, seis a la totalidad, 37 al artículo 1.º —el más importante— (en él se establecía la incompatibilidad de los presidentes, vicepresidentes, consejeros, directores y administradores de la Banca privada con cargos similares en otras sociedades mercantiles), 26 al artículo 2.º (límite de setenta años para los cargos de consejero delegado o director gerente), etcétera.

La Ponencia encargada de defender el proyecto, a la vista de las enmiendas, redactó un nuevo texto que convertía el inicial —de incompatibilidades— en un proyecto de ley de excepciones. A pesar de la moderación que el cargo implicaba, la oposición en el seno de la Comisión de Hacienda fue evidente. Por primera vez en la histo-

ria parlamentaria de los últimos tiempos, un proyecto de ley estuvo a punto de ser devuelto al Gobierno y, precisamente, no lo fue porque los procuradores que representaban intereses bancarios se abstuvieron en las votaciones a las enmiendas a la totalidad. Si ellos hubieran querido, el proyecto no hubiera seguido adelante.

En estas condiciones, la suerte del proyecto estaba echada. «Entre el proyecto enviado por el Gobierno y el criterio casi unánimemente expresado por la Comisión había un abismo de contradicciones. El proyecto de ley sostenía unos principios de incompatibilidad tajantes y la Comisión quería exactamente lo contrario». («ABC», 18 de julio.)

El antiguo artículo 2.º —sobre limitaciones de edad— fue suprimido, y el artículo 2.º quedó transformado en 4, sustituyéndose el concepto de incompatibilidad por el de limitación.